

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica XXIII despues de Pentecostès.

Domine, filia mea modò defuncta est: sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet.

Señor, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá.

(*Evangelio segun San Mateo, cap. IX. v. 18.*)

Estaba Jesús en el festin con que Mateo el publicano le obsequiaba para manifestar á su Salvador el profundo reconocimiento é interior regocijo de que estaba lleno su corazon, y el reconocido *neoconverso* habia convidado así mismo á los discipulos de Jesús, y á muchos publicanos y compañeros suyos. Jesucristo, dice el Naziano, quiso asistir á este convite, y hallarse en medio de estos publicanos y pecadores, como un médico lleno de caridad que no puede curar á sus enfermos sino sufriendo su hedor y molestia. Ne he venido, decia á

sus detractores, no tengo la mision de llamar justos sino pecadores. Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos. Estando, pues, sentado á la mesa, adoctrinando á sus comensales, y rebatiendo los ataques de sus enemigos, hé aqui un principe se llegó á El y le adoró diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija: mas ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. Y levantándose Jesús, le fué siguiendo con sus discipulos. Y hé aqui una mujer que padecia flujo de sangre doce años, llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido. Porque decia dentro de sí: Como yo llegué á tocar solamente su vestido, seré sana. Volvióse Jesús y viéndola, dijo: Ten confianza, hija, tu fé te ha salvado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Llegado que hubo el Salvador á la casa de aquel principe, dirigiéndose á los tañedores de flautas y á la muchedumbre que hacia ruido, les dijo: Retiráos; pues la muchacha no es muerta,

sino que está dormida. Y se movían de Él. Y cuando la gente salió fuera, entró en la habitación, la tomó por la mano, y se levantó llena de vida la joven que estaba muerta. La fama de este prodigio se extendió por toda aquella tierra y Jesús era aclamado por todas partes profeta grande, poderoso en obras y palabras, obrador de prodigios, que solo Dios puede obrar como dueño de la naturaleza y Señor absoluto de la vida y de la muerte.

No se han agotado las fuentes de la vida ni se ha disminuido el poder de Dios. Hoy como ayer vive Jesucristo y vivirá hasta el fin de los siglos dentro de su Iglesia, obrando en ella y por ministerio de los hombres, investidos de su poder aquellos prodigios que son propios de la virtud de Dios.

Hay medicina para nuestras dolencias, remedio para nuestras necesidades, y vida para los que están muertos. Mas quiere el Señor que pidamos con fé, que tengamos verdadero deseo de la salud y acudamos á Él con confianza á imitación de Jairo y de la hemorroisa. *Domine, veni*, decía el primero; *si tetigero, salva ero*, decía la segunda. Acudiendo al Señor sin dilación, implorando su auxilio con fé y teniendo confianza en su poder y misericordia, seremos curados de nuestras enfermedades y quedaremos libres de muerte eterna.

Tal es el asunto que me propongo tratar en este breve homilía con la mira de promover

la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Estudiemos con el mas vivo interés los dos ejemplos que nos presenta el evangelio y aprenderemos el arte maravilloso de sanar las dolencias de nuestro espíritu.

¿Quién era este príncipe que se llegó á Jesucristo y le rendía adoración? Entre los judíos se llamaban príncipes los jefes de familia, otros lo eran por sus empleos, este era príncipe de la Sinagoga y se llamaba Jairo. Era padre de una hija única y tenía ésta doce años. Estaba gravemente enferma, y porque era única, amábala con delirio, y dolíase mucho el príncipe de la Sinagoga. San Lucas dice que la niña estaba á punto de morir y San Mateo que ya había muerto cuando Jairo se acercó á Jesucristo rogándole con palabras doloridas. Pero no son contrarios los dos evangelistas, no hay antilogía real entre ambas narraciones, toda vez que San Lucas se refiere al momento en que Jairo salió de su casa y entonces aun vivía su hija, si bien era grave su estado, y San Mateo se refiere al momento en que el príncipe se acercó á Jesús, rogándole que si su hija había muerto como él presumía, fuese á resucitarla, y si aun vivía, á sanarla. En ambos casos resplandece la fé de este padre, su celo, su esperanza, su amor verdaderamente paternal, digno de ser imitado. Se acerca á Jesús y le adora. ¡Qué humildad y que manera

de prevenir à su bienhechor! Señor, le dice, mi hija acaba de morir: mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Tales el lenguaje de la fé y así se expresa la esperanza. No temas, contesta Jesús, cree, y será sana. Son palabras de aliento y de consuelo para el angustiado presidente, palabras que debieron ser todavía mas poderosas y eficaces en el espíritu atribulado del príncipe cuando siguiendo à Jesús fué testigo de un prodigio hecho como al paso y sin expreso designio con una mujer que doce años venia padeciendo flujo de sangre. Llegóse à Jesús por detrás, *accessit retró*, y tocó la orla de su vestido, pues decia en su corazón: si tocáre solamente su vestido, quedaré sana. ¡Fé grande! ¡fé admirable la de esta mujer! Si yo llego à tocar su vestido, esto me bastará, yo seré curada. Con esta fé, se trasladan montañas y allanan colinas. Con esta fé se conmueve el corazón de Jesús, se detiene, y volviéndose, y viéndolo à la hemorroisa, dijo: Ten confianza, hija, tu fé te ha sanado. Y desde entonces quedó sana. No habla, no ruega, no insta, no clama como el ciego de Jericó, como los diez leprosos, pero harlo dice, bastante clama, con cuanta elocuencia habla su fé dentro de su corazón. Jesús lo oye, escucha los latidos de aquel corazón, y como cautivado por el prodigio de una fé tan solícita, tan viva é inquebrantable, se detiene à contemplar la obra interior de su gracia, y añade pro-

digio à prodigio. Ten confianza, hija, tu fé te ha sanado. ¡Oh poder admirable! ¡Oh caridad infinita! ¡Oh entrañas amorosas! Si los enfermos de espíritu acudiesen con fé al corazón de Jesús, ¿no es verdad que al punto sanarian de sus dolencias? Llena está la sociedad de este género de enfermedades. Hay multitud de dolientes que disipan los dones de Dios, que dejan escapar la sangre de sus creencias y pierden en vanidades y devaneos las fuerzas, el vigor y la robustez, indispensables para luchar contra los mil enemigos conjurados contra la noble vida de la gracia y de las virtudes cristianas. Esta conducta es muy deplorable; pero lo que mas aflige y desconsuela, es que los enfermos están à bien con sus dolencias, es que llaman bien al mal, salud à la enfermedad, y vida à la misma muerte. ¿Cómo han de buscar la medicina si se consideran robustos y en completa salud? Son ciegos, no tienen fé, luz de las almas, no conocen su miseria, y no se mueven, no dan un paso hácia el divino médico que puede y quiere curarlos.

No se imitan los ejemplos ni se copian los modelos. La mujer hemorroisa y el presidente de la sinagoga, en su largo padecer la una y en su amargo penar el otro saben buscar el remedio de su dolencia y el lenitivo de sus pesares y allí van donde se encuentran, movidos del deseo, y à impulso de una fé dócil, valerosa y confiada en el médico divino,

poteroso en obras y largo en caridades. Con solo que yo toque el vestido de Jesús, dice para sí la animosa doliente, quedaré sana. ¿Quién ha revelado á la célebre enferma que la túnica del Salvador entraña tanta virtud poder tan eficaz? ¿Cómo ha sabido que podría ser curada con solo poner su mano en la orla del vestido el misterioso transeunte? La fé obra maravillas. La fé hace salvos á los enfermos, da vista á los ciegos, agilidad á los paralíticos y vida á los muertos. El que creyere, será salvo; el que no creyere, se condenará. La fé es á las almas lo que la raíz á las plantas, lo que el tallo á las flores, lo que el sol al mundo de los cuerpos. Creed con firmeza, con valor y perseverancia, y aunque Jesús vaya de paso, se detendrá á iluminar vuestras tinieblas, á sanar vuestras llagas, y á dar vida de gracia, de virtud y santificación á los muertos por el pecado.

Y cuando así derrama Jesús la abundancia de sus dones sobre las almas que le buscan con fé y le invocan con perseverante plegaria, todavía se dirige al lugar del llanto y de la aflicción, dispuesto á enjugar lágrimas y consolar aflicciones. Y en llegando á la casa mortuoria, *recedite*, apartaos, dice a la muchedumbre; abrid paso, oid; no está muerta la niña; es que duerme. *Non est mortua puella, sed dormit.* La que habia muerto para los padres, para los deudos, para la muchedumbre que acompañaba

la fúnebre solemnidad, estaba solo dormida para Jesús, que domina la muerte y es Señor de la vida. Y las turbas se burlaban de las palabras del Salvador. Pues esa burla se convertirá en sorpresa y será testimonio irrecusable del milagro. Y separada que fué la muchedumbre, entró Jesús en la casa, acercóse al lecho mortuorio y tomó á la jóven de la mano. Y se levantó la niña, radiante de vida y hermosura. *Et surrexit puella.* ¿Quién puede explicar la admiracion, el gozo y la alegría del príncipe, viendo á su hija resucitada? Bien se comprende además la sorpresa y el espanto que debió causar en la muchedumbre y tambien se explica la fama con que circuló por todas partes la noticia del milagro obrado por Jesús. *Et exiit fama haec in universam terram.*

Creed vosotros como Jairo y la hemorroisa. Rogad, pedid, adorad á Jesús, y tened confianza, que si de veras anhelais por vuestra salud, al punto sereis curados. Decid como la hemorroisa: *Si tetigero, salva ero*; si llegamos á tocar la virtud de la gracia, seremos curados. Decid como Jairo: *Domine, veni.* Señor, venid á mi entendimiento y se iluminará, pues sois la verdad, venid á mi corazon, y se curará, pues sois la medicina, venid á mi alma y vivirá, pues sois la resurreccion y la vida. El mundo moderno está ciego, anda en tinieblas. Busca la ciencia del mal para sanar, busca prosperidades en la emancipacion y reposo

fuera de la moral católica. Pues no verá la luz, no hallará descanson ni tendrá vida si no la busca en Jesucristo, que es Padre y Maestro, foco eterno de toda verdad y autor soberano de la vida.

Buscad vosotros, llamad, pedid al Señor la luz que ilumina, la gracia que sana, que purifica y consueta. Buscad con ardiente deseo y bebed con fé en las fuentes del Salvador, en la oracion y los Sacramentos el agua cristalina y maravillosa que nos hace justos, santos, hijos de Dios y herederos de su gloria.

Amem.

MARIA INMACULADA.

I. Existía en la ciudad de Manresa, ya desde el siglo IX, el Cabildo de Canónigos regulares de San Agustín, que residían en un edificio anejo á la iglesia de Santa María, que en el siguiente siglo fué dedicada á Nuestra Señora de la Aurora, y que últimamente tuvo el dictado de *Seo* ó Catedral, que hoy conserva.

Formaba parte de este cabildo en el primer tercio del siglo XV un ilustrado sacerdote, el Dr. don Francisco de Asís Mulet.

Hombre de piedad y de talento, habíase hecho querer de cuantos habían tenido ocasion de tratarle.

A consecuencia de esto, algunos padres le habían pedido y encomendado la educacion de sus hijos, á lo cual gustoso se prestaba el Canónigo, puesto que

á sus conocimientos unía, como buen cristiano, una excelente humildad.

Tal vez no para todos poseía esta virtud, ya que no le creían tal aquellos en quienes alguna vez había tenido que echar en cara faltas dignas de grave reprobacion.

Para éstos no era humilde el Dr. Mulet, ni serlo debía, desde el momento en que su carácter sacerdotal le impedía transigir con aquello con que todavía en nuestros dias no pueden ni debentransigir los sacerdotes que quieren conservar su dignidad de tales.

Uno de esos infelices buscaba constantemente y con frenética avidez una ocasion en que poder devolverle agravio real por pretendido agravio de él recibido.

Y vino la ocasion.

Una tarde, al cruzar el canónigo por el interior del templo, encaminándose á su celda, donde tenia que dar la habitual leccion de rudimentos de latin á un niño, hijo del fiscal de la curia del Veguer, observó que el muchacho estaba haciendo con algunos otros travesuras propias sin duda de la edad, pero impropias de aquel que en ellas tomaba parte.

Prudente el sacerdote, dejó que viniera el muchacho á su celda, y nada le dijo de lo que observaba, dedicándose ante todo á lo para que iba allá su discípulo.

Mas ved ahí que el niño no supo la leccion, y el maestro se in-

comodó, y acabó por propinarle al inaplicable chico algunos ligeros bofetones.

II. Camino de Manresa y ya muy cerca de la ciudad, iba con otros amigos el fiscal de la curia del Veguer.

Regresaban de un pueblecito distante escasamente una hora de la ciudad, Villadordis, donde se celebraba en tal día la fiesta de la Natividad de Maria titular de aquel antiguo templo parroquial.

La fiesta habia estado animada, y los que de ella venian traian todavia algunos restos de la animacion aquella.

Estaban alegres, y no era el fiscal de la curia del Veguer el que menos expansivo se mostraba.

Cerca del sitio donde más tarde estuvo el convento de religiosos Capuchinos, agregóse á la comitiva un hombre, que venia de Manresa.

Sin apenas cambiar con ellos la palabra de Dios, tocó ligeramente en la espalda al fiscal y le llevó aparte:

—¿Qué me quieres? preguntóle Francisco Planes, que así se llamaba el interpelado.

—Oye; ¿vienes ahora de la fiesta?

—Ya lo ves.

—Pues mira que bien te cae: tú divirtiéndote, y, mientras tanto...

—¿Qué ocurre?—exclama Planes.

—Casi nada. Tu hijo...

—¿Le ha sucedido algo á mi hijo.

—Pregúntaselo al canónigo Mulet.

El fiscal sintió un extraño temblor apoderarse de él.

—¿Le ha pegado?—murmuró.

—Y de firme.

—¿Es cierto lo que dices?

—Tan cierto.

Planes no le dejó terminar la frase.

Rápido como una saeta desprendida con fuerza por el arco, penetró en la ciudad, y jadeante casi, llegó á la Seo.

Allí estaba el Dr. Mulet con los demás canónigos y otros amigos, bien ajenos todos de la idea que á aquel sitio conducía al que acababa de llegar.

Adelantóse el buen sacerdote á recibirle, é inmediatamente le increpó el padre, por el mal trato que á su hijo diera.

Contóle la verdad de lo acontecido el increpado, reiteró sus recriminaciones el padre, y dejándose arrastrar por una extraña é incalificable cólera, echó mano á su espada, y con ella hirió al maestro de su hijo.

Momentos despues el canónigo Mulet espiraba en su celda, entre la natural consternacion que el suceso produjera.

III. Agotados todos los recursos de la ciencia, fué amortajado el cadáver, y se retiraron los canónigos á sus respectivas celdas, despues de haber acordado lo necesario para darle digna sepultura.

Entregados se hallaban ya casi todos al descanso, cuando vinieron á turbar su sueño unos

gritos, que del interior mismo de la casa procedían.

El que aquellos gritos profesaría, llamaba á grandes voces á los canónigos y á su prior.

Azorados salieron todos de sus celdas y convergieron en el punto de donde partían las voces.

Era de la celda donde amotajado yacía el malogrado doctor Mulet.

Y era éste quien aquellas voces daba, suplicándoles le ayudasen á incorporarse.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡milagro! —exclamaron los circunstantes.

Y dieron voces á su vez, y acudieron muchas personas, y delante de ellas pronunció el Dr. Mulet las siguientes palabras, dirigiéndose al señor Prior.

—¡Oh, Sr. Prior! Yo he sido muerto y he estado ante el tribunal de Dios. Hubiera sido condenado eternamente si no hubiese intercedido por mí la santísima Virgen María, á la cual saludaba yo todos los días rezándola el oficio menor delante de esta imagen suya, que yo había mandado hacer, por cuanto yo, Francisco Mulet, estando estudiando en la Universidad de Lérida, afirmaba pertinazmente que la Virgen María fué concebida en pecado original.

Pidió luego un confesor, reconcilióse con él, y llamando á todos los canónigos, suplicóles le ayudasen á ponerse en pié, y con voz muy recia y grave acento dijo:

«Por mandato de Dios y de la purísima Virgen María, he vuel-

to al mundo para manifestar y publicar que su Concepcion fué sin pecado original.

Y aduciendo pruebas y razones de gran valer en apoyo de sus palabras, y dando gracias á Dios y á María por lo inmenso de su bondad, abandonó de nuevo esta vida, para ir á descansar para siempre en el seno del Señor.

IV. Si algun dia pasais por Manresa y os deteneis en ella, no dejéis de visitar su suntuosa Catedral.

Una vez en ella, cualquier persona del país que en su recinto encontréis, os enseñará, si se lo pedis, unos grandes cuadros, al oleo que representan la historia que acabo de referiros.

Y si sois literatos ó aficionados á antigüedades, en el archivo de aquella santa Iglesia encontraréis el relato de esta misma historia.

Verdadera historia de un maravilloso hecho.

Hecho sobrenatural, con que quiso Dios recordarnos que debemos honrar á María con el sorprendente título de *Inmaculada*.

(El Cronista.)

UN COCHE SALUDABLE.

Era una mañana de Noviembre.

Hacia la mitad del puente de Lóndres, cerca de uno de los salientes con bancos desde donde

los hijos de Albion atormentados por el «splen» se precipitan algunas veces en el fondo del Támesis; dos ingleses que marchaban con rapidez vertiginosa sin levantar la vista, se encontraron, chocando violentamente. El uno venia de la Cité, y tenia desde los pies á la cabeza todo el aire de un rico gentlemán; el otro que traia la direccion de Sothwark, llevaba un viejo redingote muy usado, viva demostracion de cuan deleznable son todas las cosas de este mundo. Sus frentes dieron una contra otra, con tal fuerza, que ambos cayeron de espaldas, á la vez que se llevaban apresuradamente las manos á la cabeza.

=¿Qué diablo, dijo el gentlemán levantándose y dirigiendo una mirada iracunda á su pobre compatriota os obliga á marchar así para romperme el cráneo con vuestar cabeza de elefante?

=Perdon *sir*; pero vuestro cráneo no es tampoco mullido, yo os lo aseguro.... ¡Qué abolladura Dios mio! Mi cabeza zumba como una caldera de vapor. Y se levantaba dando señales inequivocas de aturdimiento.

=¿Por qué correis así como un perdido sin mirar á ninguna parte? Sin duda soñais en pleno día?. Llevais proyectos siniestros.

=Yo estoy en el caso de haceros la misma pregunta.

=Pero en fin, á donde vais?

=Allá; respondió el desgraciado dando un suspiro: y con la mano señalaba uno de los salientes.

=En este caso, vamos á seguir el mismo camino dijo el gentlemán; podemos ir reunidos.

=¿Qué motivo, teneis pues para querer ahogaros? preguntó el otro. Al ver vuestro traje cualquiera os tomaria por el mortal mas afortunado y mas dichoso que haya podido atravesar el London bridge.

=Esto es lo que causa mi desgracia precisamente contestó el elegante de mal humor. Yo no carezco de nada y sin embargo todo me falta. Tenia un pariente en las Indias que ha muerto dejándome dos millones de libras esterlinas. Hace seis meses tome posesion de la herencia y ya no se que hacer con tanto oro. Yo he comprado hoteles y tierras, carruajes, caballos, perros... nada me he negado, y sin embargo estoy mas aburrido cada dia: la vida me es una carga insoportable, todos los placeres me hastian y la existencia entera me parece tan fastidiosa, que me abruma hasta el trabajo de vestirme por la mañana y desnudarme por la noche. El sueño es lo único que tiene para mi todavía algun atractivo, y para gozar de él por toda la eternidad voy á acostarme en el fondo del Támesis.

Se continuará.